

II

LA MUJER VASCA Y LA POLITICA

Haydée de Aguirre

– La oratoria apasionada.

Miren Nikane Legorburu

– La oratoria juvenil.

Polixene Trabadua

– La oratoria bravía.

Julene Urzelai

– La oratoria romántica.

Ocho emakumes de Araba

– La vitali ad del recuerdo.

LA MUJER VASCA Y LA POLITICA

Fueron mujeres con un vibrante sentido nacional. Estaban ahí, con sus temperamentos fogosos y repletos de idealismo, y comprendieron que era la hora de la acción. En aquella memorable tarde de 1922 en que en Juventud Vasca de Bilbao expuso Ambrose V. Martín O'Daly el ejemplo de la mujer irlandesa, algo se estampó en fuego en sus corazones para siempre. No bastaba tan sólo ser mujer vasca, no bastaba tan sólo transmitir y cuidar el euzkera, no bastaba tan sólo imprimir en el seno de la familia los valores de toda la cultura del pueblo vasco. Había que combatir, modificar, pelear, azuzar y conseguir la libertad que por tanto tiempo y tan lastimosamente, nos habían arrebatado. Si la mujer era parte tan esencial en la transmisión de la cultura, de la tradición y del idioma vasco, no podía quedarse rezagada en la lucha política. Tenía la grave y urgente responsabilidad de plantear sus reivindicaciones. Era una manera de dejar oír la voz de la mitad del pueblo vasco en la acuciante defensa de su libertad. Eran descendientes de muchas generaciones de mujeres bravas —que habían conser-

vado el fuego de su nacionalidad contra todas las adversidades políticas que habíamos padecido en los últimos cien años. No era para ellas ni demasiado duro ni demasiado comprometido hablar en nombre de la mujer por la libertad de Euzkadi. Sin embargo, es verdad que lo hicieron con la voz de su tiempo. No podían hacerlo de otra manera. Y no podían tener en la historia de su país y de su tiempo un lugar más honroso que levantar su voz y su enérgica acción por la libertad de su pueblo. Estaban justamente abocadas a ese problema grave de sobrevivencia nacional y estuvieron a la altura de su gravedad. Sus voces callaron cuando vino el éxodo del pueblo vasco y cuando sobre los cuarenta años de fascismo tuvieron que retornar a la vieja, conocida pero noble y vigorosa tarea de la resistencia pasiva. Sin embargo, ahí están como un vigoroso ejemplo para la nueva mujer. Como un grito vibrante y exaltado del pasado conminando al futuro, como una mano extendida sobre la sombra de los cuarenta años de fascismo, a la nueva mujer de nuestro tiempo que debe tener su mismo valor, su audacia y su resolución para entrar en el campo de la política y plantear otra vez que la libertad de un pueblo es la libertad responsable de todos y cada uno de sus miembros.

HAYDEE AGIRRE

La oratoria apasionada

Nos reunimos bajo el mismo paraguas, porque en Donibane Loizun llovía. Era un sirimiri suave, pero constante... Caminamos mucho rato juntas, frente al gran mar de acero y conversamos como viejas amigas. Como si nos hubiéramos conocido desde aquel tiempo en que Haydee participó en la lucha por la causa de Euzkadi. Haydee es alta y elegante, y cuida con esmero de su persona, y en un gesto de mujer me llevó al cuarto de su hotel para mostrarme su ropa y las viejas fotos queridas de aquellos años de gloria... y, como nos iba dominando la emoción de todo aquel pasado, irrumpió en una charla vigorosa. No fue difícil imaginarla en plena juventud, hermosa, arengando a su pueblo y sí me era difícil, en cambio, entender su exilio de cuarenta años. ¿Cómo pudo callar todo ese vigor y enterrar esa fuerza? ¿Cómo fue posible que durante cuarenta años la losa de un silencio atroz cubriera tanto fuego? Y entendí entonces que Haydee, mi amiga, y todo el Pueblo Vasco, mi pueblo, eran como aquellos volcanes que vi una vez desde lo alto del cielo... con sus gargantas abiertas por toda la

presión que había estallado, al fin, desde el centro de la tierra y que quería llegar al mismo cielo con sus tormentosas nubes grises.

* * *

Creo que fuiste la primera emakume que estuviste en la cárcel...

—Sí. Es verdad y estuve con las presas comunes, lo que no fue muy agradable. Era un lugar sucio, oscuro y hostil.

¿Cuál fue la causa?

—Bueno, ya sabes, supuestos insultos al Gobierno de España.

¿Cuánto tiempo estuviste?

—No fue mucho, pero regresé una segunda vez con Polixene y Miren Nekane de Legorburu a la cárcel de Larrinaga. Entonces ya estuvimos en una celda y era algo mejor. Pero hubo una noche memorable, la más hermosa de todas las de mi vida. Oímos voces fuertes de hombre que rompían el silencio de la noche... Era un grupo de arrantzales de Bermeo, vestidos de azul, que cantaban "Aurrera Polixene, Aurrera Haydee... Beti Euzkadi azkatuta". Sentimos que no estábamos solas, porque aquellos hombres de mar compartieron nuestra soledad. Y es que nuestra soledad era un poco como la de ellos en mitad de las tormentas del mar de Bizkaya.

¿Qué hicisteis aquellos días en la celda?

—Una huelga de hambre. Queríamos protestar por toda la injusticia, ¡teníamos tantas cosas contra las cuales protestar! Habíamos sido vejados como pueblo hasta todos los límites y la rebeldía era mayor que el miedo o el mismo instinto de

sobrevivencia. Pero por orden de José Antonio de Agirre rompimos la huelga. El se preocupó por nuestra salud.

¿Qué mitin recuerdas con más cariño?

—Todos. Puse todo mi entusiasmo en cada uno de ellos, pero el más hermoso fue el día de la Madre Vasca. Por haber estado en la cárcel quisieron hacernos un homenaje, pero nosotras no creíamos merecer algo semejante, claro que no. Y entonces el Bizkai Buru Batza sugirió a Emakume la idea de un día para la Madre Vasca. Ella era quien mantenía la tradición y quien daba sus hijos a Euzkadi. Ella era la fuente del euskera y la fuente de la vida y la fuente de la continuidad. La mujer vasca madre era el pilar fuerte y seguro, sobre el que reposaba lo mejor de nuestro pueblo que jamás relegó a la mujer a puestos secundarios. Ni en la herencia de sus caseríos, ni en la autoridad de su hogar. Porque en pocos idiomas se le da a la mujer el nombre de señora de su hogar. El día del mitin de la Madre Vasca concurrimos las oradoras al Frontón Euskalduna. Estaba la dulce y melodiosa Julene, la suave María Teresa Zabala, hoy monja en Colombia, y la fuerte y enérgica Polixene... y yo.

¿Cómo te clasificarías a ti misma como oradora?

—Trágica... Sí..., trágica y agresiva. Recuerdo que una vez dije estas palabras: "Al extraño que viene a respetar nuestras leyes, nuestro idioma y nuestras costumbres lo recibiremos con amor, porque en euskera tenemos un nombre para el extranjero, 'Arrotz', que también significa huésped..., pero al que venga en contra de nuestra naturaleza lo recibiremos a palos. Sí. Al amor con amor, a los palos con palos, a los tiros con tiros. Porque por la libertad de Euzkadi, si hay que derramar nuestra sangre, la derramaremos".

Haydee, ¿de qué parte de Euzkadi eres tú?

—Nací en Santurce, de familia nacionalista vasca. Mi padre y mis tíos eran marinos..., siempre está el mar delante de nosotros y la vigilia de esperar a nuestro capitán después de la tormenta. Eso fue, así, mi niñez.

¿Cómo decidiste tu vocación de oradora?

—Una vez di una conferencia en el Batxoki del pueblo... supongo que gustaría, porque un poco más tarde, cuando Carrasco Formiguera pidió una oradora para un mitin en Barcelona, me enviaron a mí. Carrasco Formiguera quería que alguien del Partido hablara de Jaungoikoa eta Lege Zarra en Cataluña. Fui y hablé... El miedo inicial fue espantoso, puedes creerme. Siempre me costó mucho esfuerzo levantarme y enfrentarme a mi público. Siempre. Soy muy tímida, ¿sabes? Pero cuando estaba en pie me brotaban fácilmente las palabras... era como un torrente que encontraba cauce en todos los corazones de los que me oían. Sentíamos la misma cosa. La misma pasión.

¿Perteneías al Partido?

—Sí, como toda mi familia. Ingresé en Emakume Abertzale Batza y fue el Partido el que decidió que me dedicara a los mitines. Realmente me gustaba hacerlo.

Dices que fuiste a Barcelona para hablar de Jaungoikoa eta Lege Zarra. ¿Era el Partido un partido confesional?

—No había confesionalidad obligada. Creo que no me equivoco al afirmar que siguiendo la tradición de las Juntas de Gernika que prohibían votar a cualquiera que hubiese sido visto conversando con un sacerdote antes de la sesión, el Partido no admitía sacerdotes en sus filas militantes. Pero la religión católica era la religión de la inmensa mayoría del Pueblo Vasco y eso estaba en la esencia de nuestro partido.

Cuando más tarde vino la guerra, Haydee, y fuiste enfermera de los batallones vascos, ¿recuerdas las palabras de tus mitines, agresivas y combativas?

—Sí, muchas veces. No es fácil ver morir hombres jóvenes ni curar heridas de metralla, ni ver cómo mutilaban piernas hechas para andar y brazos fuertes para trabajar. No es fácil. En realidad fue lo más penoso de cuanto me pudo suceder. Estuve con los gudarís en las últimas horas del Pueblo Vasco... en Santoña. Curé heridos y lavé y vendé y cerré muchos ojos. Y mis propias palabras se convertían en hiel, en amarga hiel. Pero ni mis gudarís ni yo conocimos arrepentimiento. Hicimos cuanto hicimos con una gran sinceridad y un profundo convencimiento. La idea de Euzkadi estaba en nosotros como un estado de gracia.

¿Cuándo marchaste al exilio?

—Fue el 21 de agosto de 1937 en un barco griego llamado Bobby... desde entonces no he vuelto a la parte de Euzkadi que recorrí en mi juventud. Pero vengo a Donibane Loizun cada verano, para ver a mis viejas caras amigas... a las gentes de mi pueblo. Aquí está don Manuel Irujo, uno de los mejores hombres y de los patriotas más puros que he conocido. Sin embargo, allá, en mi soledad de Andorra, en mi exilio, tengo un saco de tierra vizcaina y si la muerte llega para mí antes de pisar mi pueblo, el puñado de tierra vasca acompañará mis huesos en su última estancia.

¿Cuál ha sido la mayor de tus penas?

—He sufrido mucho. Mi padre fue muerto el 20 de agosto de 1936 en el camarote de su propio barco, en Vigo, por ser mi padre.... He vivido alejada de mi pueblo cuarenta años, y eso no es fácil. Puede que no haya conocido grandes penurias económicas pero mi espíritu ha estado siempre hambriento... cada



Arriba, Haydée en San Julián de Muzkiz, en el último mitin celebrado antes del Alzamiento militar de 1936. Abajo, en febrero de 1978 en Barcelona, junto al presidente del P.N.V. de Bizkaia, Anton Ormaza.

noticia, cada huelga, cada manifestación, cada acto de los que han conmovido mi país, me han conmovido también. Pero he estado cerrada sobre mí misma cuarenta años y eso es demasiado tiempo para un corazón. Sin embargo cuando veo que la ikurriña ha triunfado sobre todas las predicciones, y cuando oigo la palabra Euzkadi, brotando como una centella de fuego, comprendo que no estuvimos equivocados, ni que no sufrimos en vano. Aquello que hicimos, y que quisieron cortar de raíz, está vivo y triunfante después del largo invierno de cuarenta años. Eso es lo importante. Para mí, cuarenta años es toda mi vida... para un pueblo tan viejo y tan nuevo como Euzkadi, cuarenta años es muy poco tiempo.

Es una mujer con un hermoso rostro sonrosado coronado por blancos cabellos y donde brillan alegres y afables los ojos inteligentes. Ha hablado conmigo a lo largo de todas las manifestaciones que en los dos últimos años hemos hecho en Euzkadi, pero jamás me contó en ninguna de ellas que había sido salvajemente golpeada en aquella manifestación de mujeres, singular y pacífica en el Bilbao de los años treinta, y que terminó con el ataque furioso de los guardias de asalto. Como tampoco me acordó nunca de haber hablado en público y casi uno la puede imaginar joven y hermosa con toda su fogosidad y su profundo sentido patrio. Ella solamente ha hablado del largo exilio... de la paciente espera de estos cuarenta años en que ha mantenido la esperanza del retorno día tras día, con la palabra Euzkadi siempre flotando en los labios como un beso, o como una canción o como una oración.

MIREN NEKANE LEGORBURU

La oratoria juvenil

Es una mujer con un hermoso rostro sonrosado coronado por blancos cabellos y donde brillan alegres y afables los ojos inteligentes. Ha hablado conmigo a lo largo de todas las manifestaciones que en los dos últimos años hemos hecho en Euzkadi, pero jamás me contó en ninguna de ellas que había sido salvajemente golpeada en aquella manifestación de mujeres, singular y pacífica en el Bilbao de los años treinta, y que terminó con el ataque furioso de los guardias de asalto. Como tampoco alardeó nunca de haber hablado en público y casi uno *la puede imaginar joven y hermosa con toda su fogosidad y su profundo sentido patrio. Ella solamente ha hablado del largo exilio... de la paciente espera de estos cuarenta años en que ha mantenido la esperanza del retorno día tras día, con la palabra Euzkadi siempre flotando en los labios como un beso, o como una canción o como una oración.*

* * *

—*Miren Nekane... ¿Cómo recuerdas aquella época de tu entrada al nacionalismo vasco?*

—Me acuerdo perfectamente de cómo me lancé a la batalla... como contra un tilo. Mira, vengo de una familia carlista, profundamente carlista y el primer día que vi la ikurriña puedo asegurar que fue casi como un gran golpe y pensé tengo que seguirla donde la vea y donde sea. Recuerdo bien aquella vez... fue en el Arenal, saliendo de Bidebarrieta, donde estaba Juventud Vasca. Yo tendría unos 16 años entonces y mi hermano ya estaba metido en Juventud Vasca pero como yo era la pequeña pues ni de historia ni de política me habían hablado jamás. Me afilié a Emakume Abertzale Batza. Yo entonces era una persona de 16 años que estaba buscando su sitio en la vida y el despertar vino a mí en aquel ingreso, por eso me acuerdo perfectamente de la ikurriña que ondeó ante mis ojos por primera vez.

—*¿Qué actividades teníais?*

—Estaban formando entonces grupos de propagandistas y lo que es la irresponsabilidad de la juventud me llamaron para ver si quería tomar parte en él. Yo no sabía nada pero todo me encantaba, el ambiente, la música, todo, y entonces me entró la curiosidad y empecé a leer, a informarme. Había una mujer muy interesante, Sorne Unzueta, que nos preparaba a las chicas, nos animaba, nos enseñaba con mucha paciencia. Preparábamos unas cuartillas y opinábamos de algún tema y ella dirigía un poco el debate.

—*¿Cuándo hablaste por primera vez?*

—Creo que no había cumplido 17 años cuando hablé en Ermua, en la inauguración del Batzoki. Aquello fue una fuga extraordinaria porque me descubrí yo misma. Y con un entu-

siasmo tremendo y así fui domingo tras domingo dando mítines, en cada inauguración de Batzokis. Entonces los Batzokis eran muy pequeñitos pero luego fueron tomando más proporción porque el partido comenzó a crecer.

—Hemos oído que tenías mucha labia, que te expresabas muy bien, y que sabías llevar la marcha del mitin estupendamente.

—Bueno, creo que sí puedo afirmar que fui valiente porque la verdad no tenía mucha preparación. Pero sí ponía mi corazón en lo que decía y creo que resultaba muy fogosa.

—¿Cómo era el ambiente de aquella época? ¿Diferente o parecido al que vivimos ahora?

—El de ahora lo conozco poco... el primer contacto para mí, después de cuarenta años, fue la asamblea de Iruña y aquello fue otro golpe, como el que recibí al ver mi primera ikurriña, porque yo decía: "No puede ser, si esto no puede ser", y me puse a llorar, porque muchas personas pesimistas habían predicho que el Partido no iba a resucitar después de cuarenta años de castigo. Pero yo tenía fe en que sí, en que iba a ser lo mismo, y mi marido y yo nos vinimos de París expresamente para la asamblea y aún sabiendo yo que no podría entrar, pero me contentaba si veía a la gente, a la gente nuestra. En mi época había un ambiente distinto en cuanto a la juventud porque éramos más dóciles que lo que son los jóvenes hoy día. Quizá teníamos menos cultura en conjunto y eso nos creaba menos problemas, y también no teníamos encima el fantasma de semejante guerra como ha sido la del 36 y de cuarenta años de castigo. Las guerras carlistas estaban más lejos y no habían sido tan atroces.

—¿Crees realmente que la juventud era más dócil pero a la vez más lanzada, más entusiasmada con la idea del Partido, de Sabino Arana y la conciencia nacionalista?

—Creo que sí. Eramos Jelkides, Jaungoikoa eta Legezarra y en eso no había duda alguna. No habían polémicas en ese sentido como las que ahora se presentan. Hubo en un momento lo del Jagi-Jagi, pero eso no nos envenenó a unos con otros como parece que pasa ahora entre los abertzales.

—*¿Cómo érais consideradas las propagandistas?*

—Bueno, como están consideradas hoy en cualquier parte del mundo y en nuestro Partido que ya tiene su nueva generación de mujeres oradoras. En Emakume Abertzale Batza éramos varias e íbamos a las inauguraciones de Batzokis a mítines, y también a dar conferencias. Unas valían más para conferencias y otras para mítines. Según el temperamento. Yo no di más que mítines.

—*¿Hablabas en euskera o en erdera?*

—Yo no hablaba más que en erdera. A la zona euskaldun iban las que hablaban euskera. A mí me solían enviar a la zona de las encartaciones, a la parte de Basauri hasta Galdakano. Allí he vociferado bastante y mi recuerdo es que era cosa extraordinaria. Me acuerdo perfectamente de las inauguraciones de los Batzokis, de toda la emoción y la alegría que eso nos producía, cómo íbamos a hablar, cómo nos recibían, cómo la gente aplaudía...

—*Cuéntanos de la paliza que te dieron los guardias de asalto. Fue un hecho vergonzoso.*

—Sí, lo fue. Fue cuando el presidente de la República, Alcalá Zamora visitaba Bilbao. En la cárcel había muchos chicos presos y ahora no recuerdo, no se sabía muy bien ni aún entonces, si estaban presos por actuaciones políticas o por evitar que hicieran una manifestación de protesta. Entonces las emakumes decidimos organizar una manifestación...

—*¿Una manifestación de mujeres solas?*

—Sí. En eso estábamos más adelantadas que hoy día. Convocamos a la manifestación con lo que llaman el teléfono árabe, ¿sabes qué cosa es el teléfono árabe? Pues de boca a oído. A la una del mediodía no se sabía nada y a las tres de la tarde estábamos un grupo imponente de mujeres enfrente al Ayuntamiento del cual ya se había marchado Alcalá Zamora para embarcar en un barquito en el muelle del Campo de Volantín. Nosotras desfilamos tranquilamente sin insultar y desde luego sin entonar slogan como ahora está de moda. Ibamos en protesta silenciosa que a mí modo de ver, es aún más impresionante. Pues nos esperaron los guardias de asalto y nos dieron una paliza tremenda, en pleno Campo de Volantín, frente al Ayuntamiento.

—*Se cebaron con las mujeres, ¿verdad?*

—Sí. Lo hicieron a conciencia. Fue un acto vergonzoso porque nosotras ni tan siquiera les insultamos ni podían tener miedo a que lleváramos armas ni que les hiciéramos daño. Pero ellos arremetieron furiosamente y a mí me dieron tantos palos que estuve mucho tiempo en la cama, amoratada, sin poder caminar y aún tengo secuelas de aquella paliza. Creo que no se había conocido algo semejante. Que dieran palos a mujeres de tal forma.

—*¿Te han quedado consecuencias de la paliza recibida?*

—Sí..., aunque considero que no son muy grandes porque unos han pagado con la vida su interés por Euzkadi. Yo tuve mala suerte más bien, porque hubo muchas mujeres apaleadas pero a mí me dieron un mal golpe en la parte del corazón y me fastidieron para una larga temporada. Eso fue una mancha, una vergüenza para la República. Al día siguiente Bilbao estuvo cerrado a cal y canto y ni los perros salieron a la calle. Se

declaró una huelga general para protestar contra la policía... pero luego de eso han pasado tantas cosas terribles que casi parece tonto hablar de ello ahora. También me llevaron a la cárcel por decir Gora Euzkadi Askatuta y se armó otro escándalo. Lo dije en la inauguración de un Batzoki —no recuerdo cuál, fíjate— con el delegado del gobernador delante, pero delante también tenía un público fervoroso y las ikurriñas... entonces me salió del alma decir Gora Euzkadi Askatuta. Yo tenía 17 años y claro, me sacaron rápidamente de la cárcel porque se armó un gran escándalo... Allí estaban Hayde Agirre, Polixene Trabada que eran las grandes mitineras. Había otra mujer mitinera, Teresa Zabala, que además era muy hermosa, y luego se fue monja y creo que está en Colombia ahora. Había otra Miren Altuna que era euzkeldun y desde luego Julene Urzelai que era deliciosa en su belleza y en su estilo.

—¿Qué recuerdas de la cárcel?

—Casi... casi fue la gloria. Me llenaron la celda de flores, telegramas, pasteles, cartas... en fin, toda Euzkadi se volcó en mí. Y cuando salí, con el señor gobernador allí delante pero con toda la gente que vino a verme, volví a gritar Gora Euzkadi Askatuta, y pensaba "A ver qué haces ahora". Y el señor gobernador se calló porque el pueblo entero gritó Gora Euzkadi también. ¡Qué hermosura de juventud teníamos entonces y pensar que parte de ella se quedó enterrada para siempre en los montes!, ¡qué precio terrible hemos pagado por la libertad de Euzkadi! Por Dios no malgastéis ni un minuto del futuro de Euzkadi, porque ha costado mucho esfuerzo, mucha sangre, muchas lágrimas...

—A parte de los mítines, ¿hacías otras labores para el Partido?

—Sí porque había mucho para hacer. Entré a trabajar en la Secretaría del Partido, en la Oficina Electoral. Allí se trabaja-

ban las cuotas y las elecciones todo el año. Y había que organizar esa cosa simpatiquísima que me gustaría que se volviera a repetir el día de Haber por la Patria. Era un día fijo al año en que se aportaba a la Tesorería del Partido el sueldo anual dividido entre 365 días. Eso se hacía con mucha propaganda entre los Batzokis y las Juntas Municipales y salía un verdadero capital porque es que nuestra gente responde a todo. Había que organizar estos fondos extraordinarios y daba mucho trabajo, y teníamos también otros trabajos como los contactos con las Juntas Municipales y tantos otros que no recuerdo ya...

—*¿Estaban entonces las mujeres afiliadas al Partido?*

—No, no al principio, pero en cuanto Emakume se convirtió en una Organización tan fuerte y se concedió el voto a la mujer, sobre todo esto, la República nos dio el voto, nos afiliamos al Partido porque teníamos una razón y fue el Partido el que insistió en esto. Fui de las primeras por supuesto, pero eso no quiere decir que tenga mérito porque yo estaba dentro del Partido, pero sí me da orgullo, de todas formas.

—*¿Qué piensas de Emakume Abertzale Batza?*

—Bueno, fue una manera de potenciar a la mujer políticamente y también, en nuestro caso como pueblo vasco, en concienciarla nacionalmente y ese fue el gran éxito de Emakume y ahora no se dice eso sino cosas absurdas. Cada uno tiene que vivir su época y en la época aquella posiblemente la afiliación a Emakume Abertzale Batza era más intensa, más densa, que la afiliación de las mujeres al Partido. Pero en esto se respondía a una época, a un concepto histórico de la mujer sobre sí misma y su tiempo. Y su sociedad. Emakume Abertzale Batza realizó un trabajo social extraordinario y la mujer de mi época estaba muy inclinada a ello.

—¿Qué tipo de labor realizábais?

—Toda la labor social que se realizó ayuda a presos, a damnificados, etc., tiene un nombre: Concha Azaola. También tiene otros muchos nombres de emakumes honestas, entusiasmadas, enteras, pero doña Concha representa en su total caridad a todas ellas. Emakume trabajaba paralelamente al Partido y su función social fue grande en una época de muchas crisis sociales y económicas donde el problema del paro era crónico y desde luego no había el dinero que hay hoy día. Solidaridad de Trabajadores Vascos tenía unos comedores donde la gente iba a comer sostenidos por Emakume Abertzale Bazta. En Navidad se hacían, si digo cientos quedo corta, más bien miles de cestas de comestibles que se daban a los más necesitados. Eran cestas extraordinarias verdaderamente y hacerlas daba mucho trabajo y había grupos que se dedicaban a esto todo el año, a tocar puertas, corazones, y bolsillos... se hacían canastillas para los niños que nacían en Navidad y durante el año y sabíamos que en la casa no había ni tiempo para tejerles, ni dinero para comprarles prendas. Creo que esta actividad es para enorgullecer a alguien por haberla ejercido, y desde luego admito que ya no sirve porque a Dios gracias el nivel social ha subido y entre otras cosas existe la Seguridad Social.

—Hay quienes dicen que esto desde luego es importante, pero también afirman que una nueva Emakume sería como discriminar a la mujer dentro del Partido. Tu has vivido en Inglaterra y en Francia, tienes tres hijas profesionales y desde luego eres una mujer que has visto todo lo bueno y lo malo de la vida. Quien pasó la guerra y conoció el exilio, lo ha visto todo y ha tenido ojos críticos para analizar otras sociedades. ¿Qué piensas de esto?

—La mujer debe estar afiliada al Partido, desde luego, como ya estábamos nosotras según te he dicho antes. El hom-

bre y la mujer cada uno tienen su misión, y creo que son distintas y cada uno es responsable de lo suyo y ninguno es más ni menos que el otro. Al menos no debe serlo. Mira, yo estoy tranquila con mi conciencia porque hice lo que podía hacer con mi preparación, primero en Euzkadi, y luego en el exilio en Londres y en París. Siempre dentro del seno de Emakume Abertzale Batza. Se ha hecho una labor de llevar aliento a gente mayor internada en hospitales con enfermedades incurables o gente anciana, o simplemente refugiados políticos. Londres y París son ciudades enormes donde la gente se pierde y más si es extranjero y más si es refugiado vasco. Emakume realizó la tarea de alegrar muchas Navidades, de agrupar mucha gente dispersa, de animar muchos corazones, y de que muchos pudiesen hablar de Euzkadi en el extranjero. En París organizábamos una tómbola muy simpática y divertida donde además de dinero lográbamos que la gente estuviese ocupada, haciendo algo en beneficio de otros. Y eso lo ha hecho Emakume Abertzale Batza y ha vestido presos de todas las ideologías abertzales, y en fin, me parece a mí que no es cosa de decir que es mala o está pasada. Ha sido buena y ha rendido una enorme labor para Euzkadi. Y muchas mujeres encontraron en Emakume un medio de ser útiles a la patria y a la sociedad. Hoy tiene que ser de otra forma, mucho más política desde luego. Hay cada vez mujeres más preparadas que pueden hacer más de lo que nosotras hacíamos, es verdad, pero de algún modo lo que nosotras hicimos cubrió un gran vacío y no se puede ni debe desdeñar ni burlar.

—¿Cuándo y cómo llegó la guerra para ti?

—Llegó como para todos, con confusión, pero seguíamos trabajando aunque nuestra oficina quedó desvencijada después del primer bombardeo de Bilbao, allá en setiembre, y bajo las órdenes de Juan Ajuriagerra. Le obedecíamos todos ciegamente y me acuerdo que allí estaban Arredondo, Doroteo Ziau-



Miren Nekane Legorburu.

riz, Fernando Unzeta, Solaun... cambiamos de domicilio varias veces hasta que un día vino Juan Ajuriagerra y me dijo: "Nekane, esta noche, fuera". Entonces yo contesté: "No me puedo ir porque mi madre sólo me tiene a mí". Recuerdo que él replicó secamente: "Nekane, estas no son horas de sentimentalismos. Hay que partir". Y se fue. Entonces yo me quedé arreglando mis cosas y tenía el corazón destrozado por todo lo que estaba pasando y a la hora de salir me encontré con Juan Ajuriagerra en la puerta y me dijo: "Nekane, vaya a casa y traiga a su madre". Claro que yo era muy joven y no me daba cuenta exacta del peligro que corríamos, pero Juan lo veía y percibía todo, pero aun así y con tantas cosas como estaba él pensando y con tantas responsabilidades como tenía, se dio cuenta también de mi pena que era una entre mil, porque todos los que dejamos Bilbao en aquella hora dejábamos parte de nuestra vida y de nuestro corazón. Luego nos embarcamos en el Ciscar en Santurze a oscuras y nos torpedeó el Canarias. En el barco nos habían admitido sólo a mujeres y la verdad que también habían entrado unos hombres y cuando la oficialidad lo supo, quiso fusilarlos. El Ciscar era un navío de guerra español que venía con la misión de sacar gente responsable. Estuvimos tres días en puerto sin desembarcar sin saber el lfo de los hombres y que los querían fusilar. Menos mal que aquello se arregló y pudimos desembarcar todos... y empezó el exilio. Estuve en la Colonia de Donibane Garazi con los niños y luego Londres y París. Me casé con un hombre que había sufrido como yo todo el trauma de esta guerra sin clemencia, y hemos vivido en el exilio de Europa pero con la patria en el corazón. Siempre pensando en Euzkadi, siempre pensando en volver... ¡que largos y que cortos han sido estos cuarenta años para nuestra esperanza!

POLISENE TRABUDUA

La oratoria bravía

Es una mujer alta, fuerte y hermosa, con vivaces ojos negros. Tiene el pelo oscuro y recio y la voz grata y segura, como hace cuarenta años la tuvo para hablar a las gentes de Euzkadi. Al poco tiempo de estar a su lado me sentí transportada a su mundo, al tiempo en que esta mujer comunicó su fuerte y alegre música interior al pueblo vasco. La conocí por primera vez hace años bajo el cielo azul y el sol radiante de la Tierra de Gracia y ya entonces comprendí que era una mujer especial; pero hoy, en la tarde brumosa y fría de Donibane Lehitzun ha sido fácil extender mi mano para palpar su corazón lastimado por tantos dolores, pero en el que el mayor dolor de todos ha sido el destierro. Esta mujer sintió una vez una llamarada de luz dentro de sí y la supo proyectar a su pueblo. Pero durante cuarenta años ha estado silenciosa, replegada sobre sí misma, conteniendo el impetuoso caudal de amor, entusiasmo y esperanza con que la causa de Euzkadi está adherida en ella. Y la marca de su silencio, que es el silencio del pueblo vasco, hace grave una sonrisa que debió ser jubilosa.

* * *

Polixene..., ¿dónde naciste y cómo era tu familia?

—Soy vizcaina y de familia carlista. Mis padres apenas hablaban castellano y eran gente sencilla, religiosa, tradicional, con pavor por aquella nueva generación que comenzaba a plantear problemas tan graves como la causa de Euzkadi. Para ellos, los nacionalistas vascos eran casi como los hippys de hoy... gentes con ideas revolucionarias que ofrecían una extraña y peligrosa flor.

¿Cómo entraste en Emakume Abertzale Batza?

—Tenía 16 años cuando conocí a José de Mandaluniz, el que sería después mi esposo. De su mano entré en el Batzoki de Bilbao con un tremendo sentimiento de culpa... ten en cuenta que entonces una mujer de 16 años era apenas una niña y estaba mucho más sometida a su familia que hoy. Pero hubo un momento de revelación... y fue el día en que representaron la obra de Campión: "Pedro Mari". El actor era Lucio Aretxabaleta, que era joven, guapo y lo hacía muy bien. Aquel Pedro Mari dolorido y apenado que encuentra asombrado su propia nacionalidad en el momento de su muerte, cuando se da cuenta que la guerra lo fuerza a disparar contra sus hermanos, los vascos del otro lado del Pirineo, los que hablan su idioma, los que llevan el espíritu de la vieja ley en el corazón, de los que solamente está separado por la ignorancia... bueno, entonces cayó la venda de mis ojos y comprendí como Pedro Mari, dónde estaban mis raíces y cuál era mi verdad. Yo era vasca, soy vasca, que no es ser mejor o peor que nadie, pero que es ser fiel a sí misma. Fue entonces cuando decidí ingresar en "Emakume Abertzale Batza" y fui la afiliada N.º 8... Tengo el carnet en casa, allá, en Maracaibo.

¿Cuándo comenzaste como oradora, Polixene?

—Bueno... la víspera del día en que íbamos a Iruña a inaugurar el Batzoki. La oradora elegida había fallado y yo, que estaba en un rincón, no sé por qué impulso, alcé la mano y prometí hablar. Fuimos en autobús a Iruña. ¡Todo eso lo organizaba tan bien el Partido! Nos recibieron a las emakumes con ramos de rosas. Recuerdo lo largos que me parecieron aquella misa y el banquete y las veces que pensé por qué me había ofrecido a semejante cosa. Pero al fin me levanté y vencí el miedo y comprendí que lo que estaba al rojo vivo en mi corazón brotaba fácilmente a mis labios... y que los corazones de toda la gente comenzaban a hervir también.

¿Hablabas en euskera o en castellano?

—Mitad y mitad. Cuando hablaba en euskera, que era mi idioma, en el que me había mecido mi madre, las gentes lloraban... Había un profundo sentimiento de vergüenza por hablar euskera. Así estaba el pueblo vasco entonces.

¿Qué decías, Polixene?

—Exaltaba los valores de nuestro pueblo, aquellos valores que, como su idioma, estaban muriéndose. Yo era muy lírica y estaba, como todos, sorprendida y alucinada ante el descubrimiento de nuestra nacionalidad.

El Partido, ¿os imponía alguna norma para vuestros discursos?

—No..., no. Sin embargo las mujeres no planteábamos cosas políticas o sociales. Eso no. Hablábamos de nuestra resurrección. Nos ofendían toda la maniobra con que habían tratado de ahogarnos y era eso lo que expresábamos. Estábamos en cierta manera orgullosas también de ser la generación que recobraba esos valores..., nuestra música, nuestras canciones, nuestro idioma...

¿Qué emoción privaba en ti cuando hablabas?

—Una vez que perdía el miedo inicial a enfrentarme a tantas caras desconocidas y frías, me iba entrando el calor por todo lo que tenía que comunicarles y las caras se volvían amistosas de repente. Sí. Esa era la emoción más viva: la comunicación que se establecía entre lo que yo expresaba y ellos sentían.

¿Cómo reaccionó tu familia ante tu acción como oradora?

—Primero hubo silencio. Pero un día, cuando yo estaba dando un mitin a mi pueblo, dividido en dos bandos irreconciliables, vi que mi padre y mi tío estaban allí. Creí morir. Ellos escuchaban con gran atención y cuando terminé y me dieron el ramo de rosas, bajé temblando del estrado. Mi padre era hombre de pocas palabras y me esperaba a la puerta del coche. Me abrió la puerta y entró conmigo y los demás chicos del grupo pero sin decir nada. Cuando pasamos frente a un bar donde sólo se reunían los nacionalistas, mi padre ordenó parar el coche y, entonces, con los ojos brillantes de una emoción nueva pero profunda, invitó a todos a una copa. Mi padre se convenció aquel día.

Eras maestra, ¿verdad?

—Sí... fui andereño, de las primeras. Vicente de Amezaga firmó mi título de maestra y lo tengo también en Maracaibo. Creo que fue él el que promovió certámenes en los pueblos con los mejores alumnos de ikastolas. Los hacíamos en los pórticos de las iglesias. Venían los aldeanos y se quedaban perplejos y emocionados porque veían que en el idioma en que tantas veces habían sido vejados, la nueva generación, la generación que estábamos incubando, podía estudiar cosas tan completas como matemáticas e historia.

—*Polixene, ¿qué significaba ser emakume?*

—Un riesgo. Un grave riesgo. Habían muerto algunas, inclusive un niño..., y muchas iban a la cárcel. Yo estuve también en la cárcel. Pero era un riesgo que había que correr porque nos ofendía lo que se había hecho contra Euzkadi y nos sentíamos responsables de que nuestro país no muriera. Queríamos que participaran de nuestro orgullo, de nuestra pasión, de nuestro esfuerzo... Hablé muchas veces pero también muchas veces hice trabajos más tranquilos y sencillos, aunque no menos importantes, como coser ikurriñas.

—*¿Dónde estabas cuando estalló el movimiento?*

—En San Telmo, en un cursillo de euskera. Fue muy confuso..., recuerdo el sentimiento de injusticia que nos colmaba. ¿Por qué?... —pensábamos. También recuerdo el horror con que oíamos por radio a Queipo de Llano que nos amenazaba a las mujeres vascas con tantos horrores. También nos sentíamos confusos respecto a una Iglesia que amparaba semejantes atrocidades. Sin embargo el clero vasco estuvo al lado del pueblo. No hubo división.

—*¿Qué gentes integraban el Partido Nacionalista Vasco y Emakume Abertzale Batza?*

—Todas las gentes de Euzkadi. Todas. Se trataba de un renacer nacional y había mucho más pueblo que otra cosa. Recuerdo una manifestación de mujeres en el Campo Volantín. Habían apresado a algunos de nuestros hombres, entre ellos a mi marido. Y los "pichis", una especie de cuerpo represivo que organizó la República, nos disolvió a golpe limpio. Tengo viva la imagen de Sofía Mc Mahón dándole un zapatazo en la espalda a un "pichi". Ella estaba con nosotras, las mujeres del pueblo, quiero decir.

¿Estuviste en Gernika el día en que Agirre juró su mandato?

—No. No pude ir, pero lo escuché por radio. Yo había hablado muchas veces junto a él en los mitines y me sentía unguida por su voz fuerte y segura. El Estatuto nos fue concedido a última hora y no era todo lo que pretendíamos, pero aun así sentimos como un alivio. Al fin podíamos ser nosotros, participar de nuestra política, cobijarnos bajo una ley que emanaba de nosotros mismos.

¿Cómo ves la intervención vasca en la guerra?

—Fue un acto popular. Aun antes de que el gobierno vasco tomara una decisión en tal sentido, hombres de los pueblos habían asaltado armerías para combatir por la libertad. Yo creo que fue el pueblo, el pueblo vasco el que decidió que había que ir a la guerra. Desde los Batzokis hubo gente que convocó y a la convocatoria de un Batzoki acudían el 80 % del pueblo. Así lo vi yo entonces. Recuerdo bien aquel día; después de un bombardeo en Bilbao, con hambre, sabiendo que no teníamos posibilidad alguna de ganar aquella guerra desesperada, un viejo amigo y muy querido se despidió de mí en la estación cantando el "Euzko Gudariak". El sabía tan bien como yo que iba a morir. Pero en Euzkadi bien se podía morir cantando.

¿Qué recuerdas de la guerra en Bilbao?

—Tenía hijos pequeños y estaba embarazada. Tenía miedo, mucho miedo; pero había algo que nos consolaba mucho a todos y era la entrada de los barcos de Lezo, ese hombre tan valiente y amante de su patria que desafiaba el bloqueo y nos traía comida y armas. Creo que Bilbao resistió hasta los límites de lo heroico. Veinticuatro veces fue tomada Lemona por las noches, por nuestros gudarís, que bien puede decirse que pelearon con uñas y dientes. Pero al amanecer, allí estaba nuestra ikurriña saludando al sol.



Polixene Trabadua, junto a Haydée de Agirre, cuando abandonaban la cárcel de Larrinaga después de haber sufrido prisión por sus ideas nacionalistas.

Polixene..., ¿qué ha sido el exilio para ti?

—Un desastre... una ruptura. Quizá en lo material nos fue menos mal que a otros porque mi marido era futbolista y se pudo situar bien; pero no nos resignábamos a vivir fuera del país que amábamos y me dolía que mis hijos crecieran alejados de sus raíces. ¡Eso me dolía mucho! Y sin embargo, como vasca, me he sentido universal pese a mi deseo profundo de vivir en un pueblo pequeño, en el mío. Recuerdo bien que el día en que nació mi última hija en plena guerra mundial, hubo un desembarco de americanos y una gran batalla. Eso fue en Rouen y pude asistir al funeral. Allí estaban aquellos dos mil cuerpos tendidos sobre el campo y el sacerdote derramando gotas de agua bendita sobre tanta muerte. ¿Por qué los hombres tenemos que llegar a tales extremos por defender la libertad? Entonces todo el furor de nuestra guerra, todo lo que padecemos como pueblo vasco, se revolvió en mí y el hambre de justicia se me hizo tan feroz, amarga y espesa, que lloré junto con todas las mujeres de largos velos negros.

¿Cuál fue el mitin que más te impresionó, Polixene?

—El de Ondarrabia. Aquel día hablábamos José Antonio Agirre, Julene Urzelay y yo. Estaba Eugenio Goyenetxe también. Convocamos la unión de los vascos de los dos lados del Pirineo. Era el espíritu de Pedro Mari el que animaba aquella hermandad que la sangre y el idioma mantienen por encima de tantas estúpidas barreras. Por eso, cuando ahora camino, a los cuarenta años de mi exilio, por las calles de Donibane, no me siento extranjera porque el euskera, el viejo y entrañable euskera que fue el idioma de mis padres y el que enseñamos a los niños de los pueblos vascos en aquel maravilloso resucitar de nuestra nacionalidad, es el vínculo que me ata y une a este puerto de mar de Bizcaya.

JULENE URZELAI

La oratoria romántica

Fue la mujer más hermosa de Euzkadi y, sin embargo, cuando la conocí comprendí que mi padre no me había dicho toda la verdad. Y es que no era fácil ni para un poeta como él describir todo el cielo de los ojos de Julene, el trigal de su cabello y su cuerpo que no conoce vejez y es grácil como una flor. Pero cuando Julene habla, su belleza fluye suave como una canción en el euskera de Azkoitia, en la magia de su sonrisa y en el gesto delicado y firme de sus manos. Es su otra belleza y fue así como la vieron las multitudes que la escuchaban en los mitines de Euzkadi. Tuve la suerte de verla y oírla en Caracas junto a José Antonio de Agirre y mi padre en una noche memorable. Parecía que todo el ardor, el entusiasmo y la esperanza que mantuvieron en sus corazones por la causa de Euzkadi no había conocido derrota alguna. Aquella noche fue magnífica para los vascos del exilio y muchos lloraron. A mí, que no había conocido la apoteosis de Euzkadi, se me clavó en el corazón como un dardo de fuego. Pero fue también Julene la mujer que tomando mi mano en gesto amable pero cansado, señaló la foto de sus padres colgada en la pared de su cuarto,

diciendo con una tristeza que sólo el azul de sus ojos amansaba: "estuvieron solos en su última hora porque todos sus hijos caminaron al exilio". Y la amargura del destierro que significa soledad y significa estar sin raíces, se volvió dura y grande entre nosotras como un témpano de hielo. Entonces comprendí qué alto y ajeno puede ser el cielo para la esperanza de un corazón que mira las estrellas, esperando marquen el rumbo de regreso a una tierra de donde una vez, hace catorce mil seiscientas noches, la incomprensión de unos hombres lo expulsó.

* * *

Julene, ¿cuándo hablaste por primera vez?

—Fue en una presentación en Azkoitia, mi pueblo. Cuando la dictadura de Primo de Rivera todos los centros vascos se cerraron y en el de mi pueblo quemaron la ikurriña, que era de dos tapas. Al llegar la libertad de actuar se reinauguraron los centros vascos y en Azkoitia decidieron bendecir la parte de ikurriña que había quedado sin quemar y se organizó una fiesta. Presenté a los oradores y así comenzó todo. Luego, me convencieron de que estaba obligada a hacer algo por Euzkadi y que como oradora lo podía hacer. Estuve en contacto con muchos jesuitas de Loyola, que me ofrecieron la biblioteca y los archivos para mi información.

¿Hablaste en euskera o en erdera?

—Siempre en euskera ¡Si en erdera no sé hablar!

Cómo preparabas tus intervenciones, Julene?

—En casa; y al llamarme iba donde me solicitaban.

¿Quién te llamaba?

—El Gipuzko Buru Batza del Partido Nacionalista Vasco. En algunas ocasiones también de los mismo pueblos en donde

organizaban algo. Pero, en general, era el Partido el que disponía dónde debíamos ir los oradores.

—*¿Cuándo surgió Emakume?*

—Al implantarse la República se anunciaron elecciones a Cortes Constituyentes y se lanzaron los partidos políticos a una frenética campaña electoral. Como la República reconoció el voto de la mujer, los nacionalistas vascos se apresuraron a resucitar Emakume, que podía responder en aquel momento a las aspiraciones de la mujer vasca.

—*¿Tenía fuerza Emakume Abertzale Batza?*

—¡Es tan difícil darse cuenta de todo el entusiasmo que estalló en Euzkadi con la organización de Emakume! Llovían a Bilbao innumerables peticiones de reglamentos, orientaciones e instrucciones. En todas partes surgían mujeres de todas las edades y condiciones dispuestas a afiliarse a Emakume y multiplicábamos nuestros esfuerzos, organizando conferencias, mitines, actos de propaganda. Cuando hubo persecución a los nacionalistas en un momento dado, las mujeres no nos arredamos. Creo que todo lo contrario... éramos la respuesta de un pueblo que no estaba dispuesto a morir.

—*¿En qué locales organizabais vuestros actos?*

—Teníamos domicilios en los edificios de los Batxokis, centros del Partido que albergaban a todas las organizaciones abertzales.

—*¿Emakume Abertzale Batza pertenecía al Partido Nacionalista Vasco?*

—Éramos una asociación de mujeres abertzales. Desde luego que sus actividades se desarrollaban de acuerdo con las autoridades del Partido.

—*¿Cuál era el emblema de Emakume?*

—Creamos la insignia oficial de Emakume Aberzale Batza tomando como distintivo la ikurriña.

—*Julene, ¿recuerdas algún éxito concreto de actividad electoral de las emakumes?*

—Sí, en las elecciones del 25 de abril de 1933. Con ese motivo organizamos una activa propaganda de mítines, conferencias, hojas de propaganda, visitas personales a los electores..., el triunfo fue tan rotundo que en Bizkaia y Gipuzkoa el número de concejales abertzales electos dobló el total alcanzado por todos los partidos de derecha e izquierda. Yo creo que el trabajo que realizamos las mujeres fue decisivo.

—*Julene, ¿cuál era tu mensaje al pueblo vasco?*

—Hablábamos de la ikurriña, del escudo... de todos los símbolos. Y como hasta ese momento habíamos estado perseguidos y reprimidos también comenzamos a difundir el mensaje de Arana Goiri. También tratábamos de resucitar nuestro idioma de su desesperante agonía. Yo, de chica, conocí castigo por hablarlo y no quería que el pueblo vasco volviera a conocer jamás afrenta semejante. Dábamos ánimos a las gentes y tratábamos de sacudir a muchos de una modorra pesada, como un mal sueño. Y lo movíamos a realizar acciones concretas.

—*¿Utilizabais micrófonos en los mítines?*

—Hablábamos a viva voz, pero a veces también usábamos micrófono.

—*¿Tienes recuerdo especial de algún mitin?*

—Sí. El día de la Madre Vasca. Aquel acto lo organizó Emakume y lo patrocinó el Bizkai Buru Batza del Partido. El

frontón Euskalduna estaba lleno de bote en bote y aun en la calle había una multitud. Presidió el mitin Luis Arana Goiri y aquel día hablamos Polixene, Haydée Agirre, M.^a Teresa Zabala y yo. Estaban presentes todas las agrupaciones de Emakume de Euzkadi y, haciendo corte a la presidencia, había 56 banderas de otras tantas asociaciones de Emakume. Se leyeron infinidad de telegramas. Fue un día de gozo y de fiesta y en el que era jubiloso sentirse mujer vasca.

¿Tuvo problemas Emakume con la autoridad?

—Continuamente. Recuerdo que Polixene y Haydee Agirre fueron detenidas por negarse a pagar multas que consideraban injustas. También a la oradora M.^a Teresa Zabala le multaron por su conferencia "Intervención de la mujer en el resurgimiento patrio". Bueno, es una larga historia de multas.

¿Tuviste algún problema?

—Sí. Una vez en Pasajes, en un mitin con Luciano Ozerin. Fue algo relativo a una frase del mitin. Fuimos denunciados y gracias a la intervención brillante de José Mari Lasarte no tuvimos castigo.

¿Trabajaste mucho en favor del estatuto?

—No paramos. La campaña electoral fue agitadísima, pero afortunada, enteramente triunfal. Emakume tomó parte activa en la campaña divulgativa de lo que era el Estatuto. Las emakumes no solamente hicimos una campaña oral y escrita, sino una entusiasta labor personal de captación de votos. Formamos parte de las Juntas de Propaganda y la Electoral y el día de la elección estuvimos en las mesas. Todo esto explica el resultado aplastante en pro del Estatuto, pues conseguimos un 84 % de todo el censo electoral.

Julene, ¿consideras hoy en día válido un mitin como medio de propaganda o crees que este tipo de contacto con el pueblo está desfasado?

—Hace cuarenta años resultó válido en nuestro pueblo. Se hizo mucho mitin popular y el pueblo conocía a sus líderes de trato directo. Si hoy es válido o no, no sabría decírtelo, pero por lo que veo en todas las elecciones democráticas del mundo sigue utilizándose.

¿Qué gente acudía a los mitines?

—Venía mucha gente y hacíamos mitines, incluso los domingos. Era el pueblo el que quería escuchar lo que nosotros, que éramos pueblo, hablábamos para él y con él. En general, los mitines los dábamos en lugares abiertos, era un buen escenario para la cuestión vasca, las campas y los frontones...

¿Tienes algún recuerdo especial de los oradores que estuvieron contigo en aquellos años de rayos y truenos?

—Fueron tantos... José Antonio de Agirre, que era fogoso, con garra y arrastre, con aquella voz sonora y el gesto decidido. Polixene, fuerte y vigorosa. Telesforo de Monzón, que sabía hablar hermosamente. Irujo, como un torrente... con él hablé una vez en la ribera de Navarra, a la sombra de un árbol enorme. Y estaban Alzeta, Zabala, Basterra, Ozerin... ¡eran tantos!

¿Tenían los demás partidos una fuerza como Ema-kume?

—Yo creo que no. Aunque Dolores Ibarruri se distinguió como oradora comunista, fue la única, al menos que recuerde. Yo pienso que se dio más en nosotros y en mayor proporción participamos en mitines y labor proselitista.



Arriba, Julene Urzelay, la cuarta de derecha a izquierda, junto con otras oradoras nacionalistas de los años 30. Abajo, Julene Urzelay en uno de los primeros grupos de exiliados vascos que llegaron a Venezuela en 1940.

Julene, cuando llegó el año 36, ¿qué pasó contigo?

—Fue terrible... pero continuamos trabajando, aunque nuestra actividad cambió porque entonces tuvimos que organizar puestos de urgencia en los frentes, en los hospitales. El Partido compró todas las existencias al Ropero Vasco y lo puso a disposición de las emakumes en beneficio de los gudarís y refugiados. Las casas de Emakume se convirtieron en talleres de preparación y confección de ropa para gudarís. Atendíamos a los Hospitales, Bancos de Sangre, comedores, ¡hicimos tanto en tan poco tiempo y en tan adversas condiciones! Pero sólo cuando estuve en aquel horrible refugio de Gernika comprendí el espanto de la guerra, la injusticia atroz que quería acabar con nosotros, como pueblo, de la faz de la tierra.

Julene, ¿qué ha sido el exilio para ti?

—Yo amé apasionadamente mi país y le serví en la forma en que pude serle útil. Jamás creí que iba a estar cuarenta años apartada de mi tierra y de mi pueblo y aunque en el exilio hemos reconstruido un mundo que responde en cierta manera a nuestras raíces, siempre hemos mantenido la esperanza de volver. Siempre hemos pensado que alguna vez el cielo de Euzkadi protegería nuestros sueños.

OCHO EMAKUMES DE ARABA

La vitalidad del recuerdo

Fue una iniciativa de Marisol Urrutia... "Son viejas luchadoras por la causa de Euzkadi en Araba y deben ser reconocidos sus trabajos". Estas fueron sus palabras al recibirme en Gasteiz e introducirme al despacho donde me esperaban las siete mujeres fuertes. "No se puede escribir nada sobre la mujer vasca, sino se habla de la mujeres alavesas", me dijo por toda bienvenida una de ellas, María Oar, una de las presidentas de Emakume Abertzale Batza entonces, mujer alta y que conserva todo el donarire de su antigua belleza. Comenzamos una charla sencilla porque no íbamos a hablar de grandes glorias sino de sus propias vidas. Y recobrando esa historia fueron recobrando el viejo vigor de aquel tiempo que sirvieron incondicionalmente a su país en el esplendor de los años del Estatuto, cuando la euforia de la libertad de Euzkadi parecía cierta, y también en los días amargos de la guerra cuando era muy difícil mantener la creencia vasca, y también sirvieron a Euzkadi después, a lo largo de cuarenta años de resistencia y clandestinidad. Cuando hablan de su pasado y recuerdan las viejas victorias y los viejos dolores, parecen jóvenes otra vez. El brillo de

la ilusión les ilumina los ojos, hace expresivos sus gestos y hasta olvidan que están ante una desconocida, venciendo la natural reserva de su carácter vasco. Algunas estuvieron en la cárcel y otras en el exilio, y otras se quedaron en Gasteiz esperando la libertad. Pero lo que no pudieron trabajar fuera de casa por la represión, lo siguieron tejiendo pacientemente en sus hogares, en sus familias, en sus propios corazones. Es verdad que se sienten vacilantes ante los nuevos tiempos y algo aturdidas por las nuevas ideologías y las nuevas palabras. Ellas sirvieron a su Partido y a su causa con integridad y realmente reconocen que fueron sumisas y jamás quebrantaron las normas del Partido. "Pero hicimos tanto y con tanto ardor, que nonos dabamos cuenta de nada".

María Oar.—No puedes escribir nada sobre la mujer vasca sino hablas de las emakumes de Araba. Nos afiliamos al Partido cuando nos lo exigieron las autoridades, supongo que cuando la República dio el voto a la mujer, y todo marchaba muy bien. ¿Eramos sumisas? ¿no teníamos tantos tiquismikis? Pues no lo sé. Solo sé que trabajamos de corazón y mucho. Había una estrecha convivencia entre todos los afiliados del Partido: hombres, mujeres, mendigoizales, gastetxus. Había un local para todos y allí nos reuníamos. Todo cuanto hacíamos nosotras, le parecía bien el Araba y jamás hubo una falta de disciplina niun lfo. Nosotras hacíamos mucho.

Emakume Abertzale Batza de Araba levantó acta de constitución, "a las veinte horas y treinta minutos del día veintisiete de octubre de 1931 en los locales de Juventud Vasca de Gasteiz.". Ocupó la presidencia entonces Jesusa Alcarraz y actuó de secretaria Emilia de Reparaz. Una de las primeras actividades —casi simbólicas— fue la compra de una máquina de coser para el ropero, el encargado de una misa por Sabino Arana Goiri, y la programación de una conferencia proselitista. En verdad, a lo largo de su historia antes de la guerra, Emakume Abertzale Batza estaría concentrada en estas actividades. Casi un año después, en la memoria correspondiente al año 32, destacan la labor del Roperio —dedicado a los obreros solidarios en su mayor

parte—, la inauguración del local de Emakume, cuyos actos con mitin y festejos fueron muy comentados y de éxito completo y que también —simbólicamente— les valió el día de la inauguración de EAB (abril del 32) una multa del gobernador de Araba “por haber faltado a sus órdenes de exteriorizarse públicamente”, las fuertes actividades propagandísticas en que las mitineras y conferencistas “incansables” como María Carmen Gamarra, María del Pilar Landaburu, Ascensión de Pagalday y María Luisa de Perea dieron muestra clara de su celo y su total dedicación, uniéndose a ellas más tarde la joven Araceli Placer con el seudónimo de Miren Eguinoa, la organización de Gastetxus, y la cantidad de emakumes que siendo en 1931 de 160, es a principios del año 32 de 446, y teniendo la Organización una independencia económica que le permitía sufragar sus gastos y aun atender a los de otras organizaciones.

—¿*Quereis decir que la mujer pudo integrarse al Partido y aun siguió existiendo Emakume Abertzale Batza?*

María Oar.—No estábamos separadas... hacíamos nuestra labor pero contábamos con el apoyo de todos, sobre todo de los mendigoizales.

El 24 de febrero de 1933 se leyó en la Junta de Emakume de Abertzale Batza una carta del Partido Nacionalista Vasco, en la que notificaban el acuerdo por el cual se permitía a la mujer ingresar en el Partido. Ellas decidieron pedir un reglamento y estudiarlo pero dos meses después, en mayo del 33, son urgidas por el propio Partido a adoptar una decisión. En el acta consta lo siguiente: “ante la pasividad que hemos dado muestras las “emakumes” por ingresar en el PNV debido, sin duda, a la mayor dificultad de independizarse una mujer, bien de su marido, bien de sus padres, etc. el presidente del Araba Buru Batzar, Manuel de Ibarondo, nos dio una conferencia exponiéndonos —en la forma que él tan bien sabe hacerlo— nuestra situación en el PNV ante la situación actual. Se acordó sobre el caso, considerando que la labor de una mujer es muy distinta a la del hombre dentro del PNV, el que pudiéramos ingresar siquiera de una manera condicional.”

En mi opinión, no os faltaba coraje ni resolución porque de sobra lo demostrasteis, como ahora contareis. Creo que fallaba únicamente y no era eso poco, la mentalidad de la época. Prevalecía el concepto de la mujer tradicional y prevalecía sobre todo en la misma mujer.

María Oar.— Trabajamos mucho. Tengo tres cassettes —que duran quince horas— relatando todo cuanto se hizo entonces. Recuerdo que en la represión que hubo en Bizkaya en 1933 porque los nacionalistas colgaron de los balcones colgaduras con los colores nuestros, sólo nos provocó una reacción más violenta; entonces hicimos cien colgaduras para cubrir balcones. No teníamos miedo... todo nos parecía poco. Y con los niños, a través de Gastetxu ¡cuanto no se hizo! Habla tú de eso, Maritxu.

Maritxu Alaba.—No fue de ninguna manera mérito mío. La iniciativa y el empuje eran de Isabel López de Uralde. Yo la ayudé en uanto pude porque me encantaba la tarea, porque creía sinceramente que tenía un porvenir, que era una forma lenta pero segura de hacer patria vasca.

Tengo el reglamento de Gastetxu en la mano. En realidad ahora —viejo y arrugado— tiene el aspecto de una reliquia. Sin embargo era algo nuevo, que jamás se había hecho hasta entonces en nuestro país y realmente es el fértil campo de nuestras actuales ikastolas. Allí —y no era más que un Partido político el que proponía cosas semejantes— se estructuraban los mínimos siguientes: imposición de nombres en euskera, clases de euzkera, música, historia y geografía vascas, formación de coros, grupos de teatro, bibliotecas infantiles, organización de excursiones, promoción de líderes, y tanto en los pueblos agrícolas, como en los pesqueros o industriales, formación para mejor capacitación ante los trabajos a desempeñar en el futuro. Se trataba en realidad de un programa audaz y global que intentaba recuperar lo que durante más de cien años le habían intentado quitar al país: su identidad y su propia cultura.

—¿Por dónde comenzasteis, Maritxu?

Martixu Alaba.—Con lo que nos pareció más inmediato: el comedor para los hijos de los solidarios o de gente necesitada. Era la forma de ejercer la asistencia social entonces y era también la única forma de llevar la palabra Euzkadi a un mundo donde nadie jamás la había escuchado. Luego, y sin dejar esto, comenzamos con lo de las comuniones de los críos que eran

actos muy lúcidos y grandiosos, y junto a la idea religiosa, les inculcábamos el ideal nacional en una edad en que todo se impregna en el alma porque está tierna y nueva a la vez. Luego, una de las cosas que más éxito tuvo fue el Nacimiento Viviente que montábamos durante veinte días, por Navidad. Todo, menos el niño Jesús, era viviente. Nos prestaban vacas, burro, ovejas y los Mendigoizales nos ayudaban porque ellos hacían de Reyes y de pastores. Todos usaban un vestuario estupendo y los Reyes Magos entraban al son de la marcha de Aida, de Verdi, lo cual era muy emocionante y fastuoso, con aquellas trompetas... De Virgen María hizo un año, que yo recuerde, Leonor Zugaza, que cantaba con una bella voz una canción de cuna del Padre Donosti que hacía llorar a todos de tan dulce y entrañable de como la cantaba. También habíamos organizado un orfeón —esa era mi tarea preferida— y durante todo el tiempo se cantaban canciones vascas de Navidad, y de cuna, mientras la gente desfilaba para ver el nacimiento viviente de Gastetxu. Ten en cuenta que nada parecido se había hecho entonces en el seno de una organización, al menos en Gasteiz, y que entonces no había televisión ni cine y la gente no tenía grandes espectáculos para divertirse. Hacían cola en las calles —pese al frío de diciembre aquí y hasta venían autobuses llenos de gente de los pueblos. Y entonces se encontraban con la ikurriña y las viejas canciones vascas, y propaganda nuestra.

¿No era difícil ensayar a los críos, mantenerlos quietos, hacerlos cantar?

—**Maritxu Alaba.**—No, era fácil.

—Además de bailes, orfeón y teatro, ¿qué más enseñabais a los chicos?

Maritxu Alaba.—Euzkera, por supuesto. Mucho euskera y en ese sentido se puede decir que en Gastetxu funcionó la primera ikastola de Gasteiz. Era un semillero de patria vasca.

Luego, esos chicos, esos Gastetxus, fueron grandes activistas en los años de clandestinidad y ninguno ha fallado a la causa de Euzkadi.

María Oar.—Gastetxu tenía un himno que se compuso aquí, en Gasteiz, y también una bandera con fondo blanco y la ikurriña en la mitad.

—Tengo entendido que teniais entre las emakumes, varias mitineras.

María Oar.—Sí. Teníamos conferenciantes porque para entonces ya había mujeres maestras, y además recurriamos también, para nuestros actos, a líderes del Partido como José Antonio de Aguirre, nuestro landaburu y Manuel Irujo que acudían gustosos. Pero nuestras mitineras fueron: Carmen Gamarra, Araceli Placer y Pilar Landaburu. Aquí estan Carmen y Araceli.

Carmen Gamarra es una mujer fina, nerviosa, con los ojos claros. Ha estado desterrada en Argentina todos estos años, y ha regresado al fin a su país. Todas aseguran que fue extraordinaria en sus mitines y que los rudos riojanos lloraban cuando ella les hablaba de la patria vasca.

Carmen Gamarra.—Bueno, recuerdo mucho un viaje que hicimo por Galeuzka. Recorrimos Cataluña y Galicia, y allí, en Compostela, al pie de la estatua de Rosalia de Castro, la gran poetisa en lengua gallega, dí un discurso que gustó mucho. Hablé en representación de mi regional, Araba. Recuerdo que habló también el presidente del EBB, Do xandabartz y Rezola también.

—¿Cuántos mitines diste?

—Carmen Gamarra.—Tantos que no recuerdo, pero recorrí todo Araba en autobus. También hablé en la inauguración del Batxoki de Otxandiano, pero quizá el día más grande fue aquel en que inauguramos el de la Guardia.

—¿Cómo te sentías siendo una de las pocas mujeres miti-
neras?

Carmen Gamarra.—Muy feliz porque lloraban —con mis palabras— hasta los hombres. Bueno, lloraban hasta los riojanos que llevan fama de hombres duros.

—¿Sobre que temas hablabas?

Carmen Gamarra.—De la patria vasca. Había que decirles que eran vascos, ¿sabes? Hablaba de sus apellidos, de la historia vasca, de la ikurriña que entonces casi no se conocía en los pueblos, del lauburu, de los estatutos del Partido, y también de Jaungoikoa eta Legue zarra. Yo venía de una familia muy religiosa pues de diez hermanos, siete eran religiosos, y por otra parte, la gran mayoría de nuestro pueblo era profundamente religioso.

María Oar.—Y así seguimos siendo... algunos al menos.

Marisol Urrutia.—Pero yo creo que la religión debe estar separada de la política. Es mejor para ambas. La religión es mucho más importante que la política, es una vivencia muy íntima, muy de cada conciencia. Debe separarse de la política... bastante se nos ha impuesto la religión y la política y se han mezclado. Bastante y muy peligrosamente.

Carmen Gamarra.—Luego, cuando vino la guerra, me apresaron y estuve tres años presa, que fue mucho y siempre con miedo a morir fusilada porque muchos morían así. Cuando salí de la cárcel, mi madre me tenía preparado el billete y la maleta para partir a Vigo, a casa de María Oar que estaba allí desterrada, y embarcar a Buenos Aires donde vivía un hermano cura. Bueno, habíamos tenido una moza en casa, soplona, y ella avisó de mi llegada (a lo que sospechamos) a un hombre muy malvado que mató gente a cientos. Yo estaba planchando alguna ropa para meter en la maleta y le vi venir por la calle y

temblé de miedo. "Viene a por mí" me dije. Entonces me puse el delantal y la cofia de la moza, que ya no estaba en casa, y empujé la maleta debajo de la cama. Y le abrí la puerta imitando el hablar de los riojanos, de donde era la moza. El hombre aquel creyó que yo era la chica y me dejó en paz. Así pude salvarme, porque caer en sus manos, era morir. Y me fui a Buenos Aires.

La otra mitinera presente es Araceli Placer. Es una mujer que conserva toda la gracia y la frescura de su juventud: el cutis terso, los ojos brillantes, la risa fácil. Se le adivina el carácter alegre pero también la firmeza de su vocación. Es misionera secular. Empezó a dar mitines a los 16 años y amenazada con suspenso en sus exámenes, cambió su nombre por el de Miren Eginosa y siguió dando mitines, más tarde fue a Bilbao para ejercer de enfermera en la guerra y resistir hasta el último día de Bilbao y retirarse junto a los gudaris. Fue enfermera en La Roseraie y luego estuvo presa en Gasteiz. Había hecho bastante por los demás y aun así, metió un poco de ropa en una pequeña maleta y se fue a Venezuela como misionera, pero enterada de las condiciones más duras y terribles de los indígenas de Ecuador, sin oír consejos ni recomendaciones de amigos, se marchó para allí.

—¿Cómo comenzaste tu labor como mitinera, Araceli?

Araceli Placer.—En el tiempo de propaganda por Landa-buru, que era un hombre magnífico y sabíamos que haría mucho bien por Araba. Luego ya metida en eso, recorrí toda la provincia, pueblo por pueblo, todos los domingos sin parar. Una de las veces, en un mitin en Gasteiz, los jóvenes —cuando empecé a hablar— se levantaron y gritaron: ¡esa es la nuestra! y aplaudieron a rabiar. Bueno, cuando hablaba de Euzkadi a los nuestros, me explayaba a gusto... era delicioso. Y al final, al gritar ¡Gora Euzkadi!, pues delirante. En los pueblos, sobre todo en la zona llana, nos recibían con miedo, con recelo, con frialdad. Había que empezar a decirles que eran vascos.

Maritxu Alaba.—Araceli era nuestro cascabel. ¡Era tan joven y alegre!

Araceli Placer.—Usé, para hablar en los mitines, el nombre de mi madre, Miren Eguinoa. Estudiaba entonces para maestra y me advirtieron que si seguía dando mitines nacionalistas, no me aprobarían. Decidí cambiar el nombre y seguir con lo de los mitines. Era algo estimulante.

Maritxu Alaba.—La anunciábamos como “nuestra fogosa mitinera Miren Eguinoa”.

Araceli Placer.—Luego vino la guerra y fui con mi hermana de enfermera a Bilbao. Estuvimos allá, hasta el último momento, cuando todo el caos y la tragedia de los bombardeos y la entrada de los requetés. Preseciamos cosas horribles, pero lo peor era la sensación de haber fracasado, de haber sido vencidos después de todo cuanto habíamos hecho por triunfar. Después de que tantas mañanas, pese a todo lo previsible, la ikurriña había ondeado en las cumbres de Bizkaya. No era justo...

Maritxu Alaba.—Parecían dos esqueletos las hermanas. Débiles, desmejoradas, flaquitas.

Marisol Urrutia.—Cada una tiene sus recuerdos de la guerra. Yo era una criatura de quince meses entonces, pero mi madre contó luego muchas veces lo que le pasó. Ella era una mujer muy bella, con el cabello castaño y el cutis muy blanco y transparente. Iba con su hermana, escapando de Bilbao, y conmigo en brazos. Entonces un requeté, al pedirle la documentación o algo así, le dijo algo inconveniente. Pero mi madre, con ser tan dulce, era una mujer brava como pocas y con la mano libre le dio dos sopapos tremendos. ¡Decirle a ella tal cosa y más teniendo una criatura en brazos! Entonces el hombre le dio una patada que le puso la pierna morada y luego, a raíz de eso le vino un tifus negro en la pierna.

Araceli Placer.—Así fue y muchas cosas como esas y peores aun pasaron. Yo estuve en la Roseraie de enfermera después y también en la cárcel porque regresé. Tanto las monjas de la cárcel como la gente de la calle, nos miraba con desprecio y con vejación nos trataban a las "emakumes". Decían que habíamos sido algo así como una "masonería blanca".

María Oar.—Hicimos las cosas bien aunque ahora nos llamen chocholas y la represión actuó contra nosotras duramente.

Margarita Gamarra.—Las chicas de ahora hablan mucho y quizá mejor que nosotras, pero deben comprender todo este sacrificio que hicimos nosotras. Deben comprenderlo.

Marisol Urrutia.—No hay ninguna diferencia insalvable, lo que necesitamos es contacto entre todas... vosotras, las de más edad que vosotras...

Maritux Alaba.—¿De más edad que nosotras? Ya no puede haber. Somos las abuelas del Partido. Pero las mentalidades son diferentes, eso es todo. Aunque trabajar... siempre estamos dispuestas a trabajar. Pero todos y juntos. Hombres, mujeres y los niños... ¡que importante es eso de los gastetxus! No lo dejéis de la mano. En Alaba y Nabarra sobre todo, son el futuro de Euzkadi.

Julita Arbulo.—Ahora os toca a las jóvenes luchar. Nosotras hemos pasado por mucho. Recuerdo cuando fui al cementerio de Madrid a ver a tu hermano, Maritxu, Luis Alaba. Primero no me dijeron bien donde estaba su tumba —y después de tantos años de muerto— porque en el libro de registro de los muertos, en tinta roja estaba señalado como fusilado. Al fin lo encontré, después de caminar por el cementerio tiempo y tiempo, y toda la mañana, pero yo me dije: De aquí no me voy sin rezarle a Luis. Y después de mil vueltas, encontré su tumba y le

puse flores. Bueno, eso es un poco lo que hemos hecho en estos cuarenta años. Resistir, no rendirnos, recordar y también, rezar.

Vicenta Reparaz.—Resistimos a todos y a toas. Mira, mi marido no era de mi idea, pero eso no importaba. En casa se hacían las reuniones, se recogía dinero, se recibía a los presos que salían de la cárcel. Todo. Y también al pobre le tocaba defenderme cuando alguien, por nacionalista, me insultaba en la calle. El no cambió de idea, pero cedió; yo no.

Soledad Oar.—Luis Alaba era un hombre muy valiente. Andaba siempre lleno de papeles y los repartía a las mujeres en la plaza. Y cuando lo fusilaron ¡como lloramos todos aquí! Pero no nos desanimamos, porque había muchos más presos en las cárceles. Todos aquellos gastetxus sirvieron luego como contactos para obtener la lista de presos, de gudaris vascos. Si los detenían con una de esas listas se jugaban la vida, pero se



Directiva de Emakume Abertzala Batza.

arriesgaban. Así podíamos saber quienes estaban en la cárcel, dar noticias de ellos a las familias, atenderlos, lavarles la ropa, y darles techo para cuando salan de la cárcel. Toda esa actividad era de gente valiente, y hubo una mujer, Aniana Sara, que siempre tuvo su casa llena de gudarís. Dormían en el pasillo, en todas partes, y ella los vestía y les daba el pasaje para su vuelta a casa o para el exilio. Tenían detalles mínimos... como a aquel tuberculoso que se le hacía llegar cada noche un pocillo de arroz con leche que era lo único que probaba el pobre chico. Al final murió. Pero así se operaba, y te puedo asegurar que con riesgo de la vida de cada uno.

Vicenta Reparaz.—Nos escupían en la calle, y también nos a menzaban. Un hombre que tenía su hija en Bilbao, aseguraba: "Si le hacen algo, siete emakumes clavo yo en la pared". Nos odiaban especialmente. Yo creo que porque no renunciamos.

Marisol Urrutia.—Necesitamos vuestra experiencia... aunque las cosas han cambiado bastante y se hacen de modo distinto. Pero después fuisteis las pioneras en este largo camino del nacionalismo vasco, unas pioneras valientes y decididas. Tanto vosotros como ahora nosotras, formamos parte vital del quehacer del partido. Ojalá que de alguna manera podamos ser tan consecuentes y abnegadas como vosotros lo fuisteis en el tiempo de la desgracia, del silencio, de la lucha callada y arriesgada. Un país y un Partido que cuenta en su historia con raíces tan buenas, y tan fuertes, es difícil que no prospere y ha de salir adelante victoriosamente.

Gasteiz, abril 1978